



La tumba de Robert Louis Stevenson en el monte Vaea en la isla Upolu, Samoa, 1909.

complemento a esta diversión si uno de los jugadores se dedica a escribir, más o menos diariamente, una crónica de las operaciones asumiendo la personalidad de un corresponsal de guerra.

He dejado para el final la pequeña habitación en que han de transcurrir las veladas invernales. Está decorada en tonos cálidos y fuertes, y los sofás y el suelo, tapizados con valiosas pieles. La chimenea, donde arden maderas aromáticas sobre morillos de plata, tiene la boca revestida de mosaicos con temas bíblicos; los asientos son profundos y acogedores; en la pared, hay un Tiziano con marco dorado; un busto blanco, o algo por el estilo, sobre una repisa; unas baldas enrejadas para los periódicos de la semana; una mesa para los libros del año; y, en una esquina, los tres estantes llenos de esos libros eternos que nunca envejecen: Shakespeare, Molière, Montaigne, Lamb, Sterne, las comedias de Alfred de Musset (abierto, uno de los tomos, en *Carmosine*, y el otro, en *Fantasia*); *Las mil y una noches*, y otras narraciones del mismo estilo, en los solemnes volúmenes de Weber; *La Biblia en España* de Borrow, el *Viaje del peregrino*, *Guy Mannering* y *Rob Roy*, *Montecristo* y *El vizconde de Bragelonne*, el inmortal Boswell (el mejor de los biógrafos), Chaucer, Herrick y los *Juicios de Estado*.

Los dormitorios son grandes, aireados, sin muebles apenas, con suelos de madera barnizada y, en la cabecera de la cama, un anaquel con libros de una especie particular y taxativa, tales como el de Pepys, las *Cartas de Pastan*, las *Cartas desde las Tierras Altas de Escocia* de Burt o el *Calendario de Newgate*...

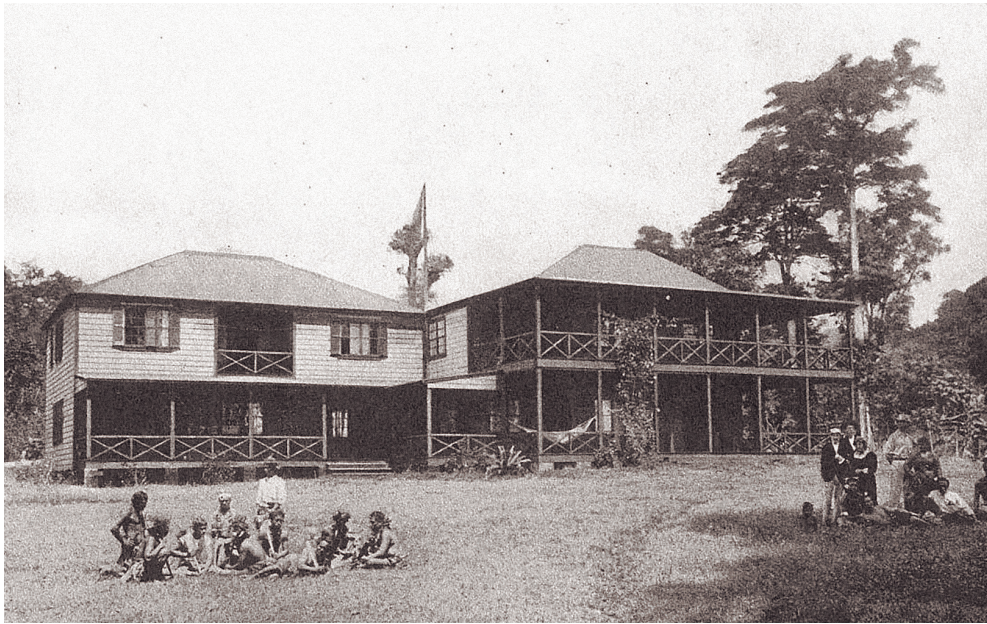
! **Islotes**

Dos cosas son necesarias en cualquier paraje donde nos propongamos pasar la vida: soledad y agua. Hay muchos lugares en la superficie de la tierra que ofrecen ese indispensable equilibrio entre una cierta desolación y una placentera diversidad. Siempre es deseable gozar de un grandioso panorama, pero cabe satisfacer ese deseo de muy distintas maneras; es incluso posible disfrutar de la grandeza a escala reducida, pues el ojo y el espíritu utilizan medidas diferentes. Unas rocas escarpadas al alcance de la mano son más sugestivas que los Alpes remotos; unos espesos helechos en un brezal de Surrey pueden ser bosques admirables para la imaginación; y unos cuantos tejos desperdigados, nobles oquedales. Un páramo escocés con abedules y abetos diseminados aquí y allá sobre un otero, o uno de esos roqueños y desérticos litorales de Provenza, salpicados de romero y tomillo y bañados por vaharadas de perfume, son parajes donde el espíritu nunca se fatiga. Los bosques, por su carácter más recóndito, no son tan atractivos a primera vista, aunque sin duda provocan una cierta sensación de hechizo; deben, sin embargo, romper su monotonía con rocas o brezales, y a duras penas se les consideraría perfectos si careciesen de coníferas. Incluso las dunas, con su laberíntico trazado y sus gaviotas y conejos, serán convenientes para nuestro preceptivo aislamiento.

La casa debe encontrarse a menos de un tiro de piedra de un arroyo o del mar. Un gran río se presta más a inspirar poemas que al adorno de una morada; el flujo de sus aguas amplía la escala del paisaje y la distancia entre objetos dignos de ser contemplados; en cambio, un vivaz riachuelo nos ofrece, en el corto espacio de unas pocas yardas, mayor variedad de promontorios e islotes, de cascadas, bajíos y bulliciosos remansos, con sus correspondientes cambios de sonido y color, que una corriente navegable en muchos cientos de millas. También los peces pululan más a menudo por las riberas de los arroyos; y las truchas, zambulléndose en la sombra, vigilan acechantes. Una corriente habría de ser, además, lo bastante estrecha para ser vadeada, ya que, de no encontrar un puente cercano, seríamos automáticamente expulsados del Edén. La cantidad de agua es algo que no nos concierne, pues el espíritu mide con su propia escala y puede disfrutar contemplando unas cataratas del Niágara de treinta pulgadas de altura.

Si el mar va a ser nuestro líquido ornamental, elegiremos una costa abierta, fuertemente batida por el oleaje; una costa de perfil quebrado, con pequeñas calas y minúsculos peñones; si es posible, con algunos islotes; e, indefectiblemente, con rocas que se extiendan hasta alta mar. Tales riscos son, en días sosegados, mejores apostaderos que las cumbres de Tenerife o del Chimborazo. En resumen: tanto en lo que respecta a la soledad del paraje como en lo tocante al agua, la conjunción de abundantes, próximos y violentos contrastes, no sólo constituye una incitante perspectiva para la imaginación, sino que vivifica el espíritu.

(...) No es preciso que vuestra casa domine un gran panorama; habrá de levantarse sobre un terreno verde y despejado, en pendiente o, a ser posible, por razones de drenaje, en la cima de un montículo. Aún más: debe estar orientada hacia el este, pues de lo contrario os perderíais la salida del sol; como el ocaso llega horas más tarde, hay tiempo de sobra para subir unos pocos escalones y contemplar el lado opuesto del paisaje. Una casa con más de dos pisos no es más que un cuartel; naturalmente, la casa ideal es la de un solo piso con sótano. Aunque las habitaciones sean grandes, la casa puede ser pequeña; una simple habitación de techo alto, espaciosa y bien



Villa Vailima, la casa de Robert Louis Stevenson en la isla Upolu, Samoa, c. 1892.

iluminada es más señorial que un palacio atiborrado de cuchitriles y alacenas. No obstante, una casa de dimensiones correctas, con pasillos amplios y de caprichoso trazado, es realmente grata para el organismo. El recibimiento debería contar, si ello fuera posible, con abundantes huecos y apartados, ya que éstos son “muy discretos lugares para conversar”; pero ha de tener también una larga pared con un diván: pasar el día tendido en un diván, entre un universo de cojines, es tan placentero como viajar. El comedor, siguiendo la moda francesa, debe ser *ad hoc*: desamueblado, pero con un aparador, una mesa, las sillas necesarias, uno o dos aguafuertes de Canaletto y una chimenea de azulejos para el invierno. En ninguna de estas habitaciones habrá más de uno o dos estantes con libros; sin embargo, las paredes de los pasillos pueden estar totalmente cubiertas de libros. La escalera, si la hubiese, estaría revestida de volúmenes en cuero viejo y esplendorosamente alfombrada, y conduciría, a modo de recalada en la mitad del camino, a un descansillo con chimenea y ventana al exterior; esta ventana, tal vez la única de la casa, habría de orientarse hacia una hermosa perspectiva. Marido y mujer deben disponer de sendos cuartos de trabajo; no decidiéndome a invadir el santuario de la esposa, me dirijo al del hombre. Los muros están recubiertos de estanterías con libros, las cuales llegan hasta la cintura, y la parte superior del mueble forma una mesa continua adosada a la pared. Encima hay grabados, un gran mapa de los alrededores, un Corot y uno o dos Claude [Lorrain]. La habitación es muy espaciosa, y las cinco mesas y dos sillas no parecen sino islotes. Una de las mesas es para el trabajo que se realice en un momento dado; otra, contigua a la anterior, para los libros de consulta que se utilicen; otra, muy amplia, para manuscritos o pruebas que esperan su turno; otra debe permanecer vacía para una eventualidad; y la quinta es la mesa cartográfica, que cruje bajo un cúmulo de mapas y cartas a gran escala. De todos los libros, allí se encuentran los menos aburridos y los más sustanciosos. Los mapas —con el curso de los ríos y caminos, los bosques y las curvas de nivel—, las cartas marinas —con sus arrecifes coralinos, líneas batimétricas, fondeaderos, rutas de navegación y pequeños signos de practicaje— y unos y otras, con su letanía de nombres, son, de entre todo el material impreso, el más adecuado para estimular y complacer a la imaginación. La silla en que uno se sienta para escribir es muy baja y cómoda, y está respaldada por un rincón; junto a un flanco de la silla crepita el fuego; cerca del otro, si uno es un poco inhumano los enjaulados *silver-bills* gorjean una canción.

Avanzando a lo largo de un pasillo, se llega al amplio y soleado gimnasio, con techo de cristal y paredes de azulejos, en cuyo extremo, forrado de brillante mármol, se encuentra un estanque para natación y saltos de trampolín, provisto de un potente calentador de agua.

Todo el desván de la casa forma, de parte a parte, un solo aposento; aquí se han instalado mesas sobre las cuales se pueden moldear territorios imaginarios o reales en masilla o argamasa con excelentes utensilios y pigmentos, un banco de carpintero y un rincón disponible para la fotografía, mientras que en el otro extremo se ha dejado un espacio libre para practicar juegos de estrategia con soldaditos de plomo. Dos cajas contienen los dos ejércitos, compuestos por unos quinientos jinetes e infantes; otras dos cajas, la munición de cada bando; y una quinta, las reglas para medir las distancias entre los combatientes y las tizas de tres colores con las que se trazan o, después de un día de juego, se repasan las líneas dibujadas sobre el terreno: rojo o blanco para las dos clases de caminos (según sean, o no, aconsejables para el tránsito de la artillería) y azul para el curso de los ríos que impiden el paso. Presumo que, aquí, uno ha de pasar largos ratos distraído; una partida contra un buen adversario puede durar un mes; pues, con tropas tan considerables, tres maniobras han de ocuparnos al menos una hora. Se encontrará un excelente